

JOSÉ ANTONIO GIRÓN DE VELASCO, MINISTRO DE FRANCO: DEL FASCISMO AL NEOFRANQUISMO

José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

Profesor titular de Historia Contemporánea de España.
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen: Este trabajo analiza el itinerario político del fascista español José Antonio Girón de Velasco. El objetivo principal es dar a conocer y revisar una figura relevante del fascismo español a la que la historiografía ha prestado escasa atención, atendiendo a cuatro cuestiones: el Girón agitador político en la etapa republicana y combatiente en la guerra civil; la etapa de ministro de Trabajo (1941-1957); su papel como reorganizador de la extrema derecha en la fase final de la dictadura franquista; y su labor como impulsor del golpismo militar cuando, tras la muerte de Franco, la democracia fue restaurada en España. El método utilizado es el propio de la ciencia histórica, sustentado en diversas investigaciones del autor sobre la extrema derecha y el fascismo español y la revisión de la bibliografía sobre la figura estudiada. Se concluye que Girón fue un cuadro intermedio del fascismo español, un claro ejemplo de la participación falangista en el régimen de Franco, así como uno de sus principales ministros, y figura relevante del golpismo neofranquista.

Palabras clave: Girón; Fascismo español; Falange Española; Franquismo; Neofranquismo; Golpismo.

Abstract: This work analyzes the political itinerary of the Spanish fascist José Antonio Girón de Velasco. The main objective is to make known and review a relevant figure of Spanish fascism to which historiography has paid little attention, addressing four issues: the Girón political agitator in the republican period and a combatant in the civil war; the stage of Minister of Labor (1941-1957); his role as a reorganizer of the extreme right in the final phase of the Franco dictatorship; and his work as a promoter of military coup when, after Franco's death, democracy was restored in Spain. The method used is that of historical science, supported by the author's various investigations on the extreme right and Spanish fascism and the review of the bibliography on the figure studied. It is concluded that Girón was an intermediate picture of Spanish fascism, a clear example of Falangist participation in the Franco regime, as well as one of its main ministers, and a relevant figure of neo-Franco coup.

Keywords: Girón; Spanish fascism; Falange Española; Francoism; neo-Francoism; tendency to military coups.

INTRODUCCIÓN

La trayectoria de José Antonio Girón de Velasco cubre un amplio espacio de tiempo en la historia de España del siglo XX. Pues Girón se inició joven en política y tuvo la oportunidad de ser protagonista, en muy distintos papeles, en la segunda república, la guerra civil, la dictadura franquista y la transición política a la democracia. Si en las dos primeras etapas desempeña tareas similares a las de sus camaradas, fascistas como él, demostrando una notable capacidad para asumir situaciones de riesgo, durante el franquismo y la transición brilla con luz propia. Girón fue uno de los ministros más relevantes de Franco, por su continuidad en el tiempo al frente del ministerio de Trabajo y por el peso de la retórica en torno a la *justicia social* dentro de la propaganda del régimen. También por el hecho de ejercer, a partir de su salida del gobierno en 1956, como guardián de las esencias del 18 de Julio, de *león* dispuesto a rugir cuando, por el declive del *Caudillo*, una parte de la clase política franquista comience a abogar por la renovación de los viejos discursos y programas, e incluso a tener parte activa en una conspiración destinada a dar un golpe de Estado, por segunda vez, e impedir así una reforma política de signo democrático. Tres cuestiones hacen de Girón un personaje digno de atención. Por un lado, en un país como España, donde el sistema público de garantía de ingresos, atención sanitaria y servicios sociales personales arranca con notable retraso respecto a nuestros vecinos del norte y donde los gobiernos progresistas de la etapa republicana apenas hicieron nada en esta materia, aunque no faltó el diseño, el ministerio de Trabajo, durante la etapa de Girón, puso en marcha una serie de medidas dignas de interés aunque no comparables a la cobertura alcanzada en las tres décadas siguientes. En segundo lugar, Girón tenía una firme vocación política y desde finales de los años sesenta parece haberse planteado, a contracorriente de la evolución del régimen, la posibilidad de ser llamado por Franco para dirigir la jefatura del Gobierno, lo que le sitúa en un primer plano de las intrigas políticas que se suceden tras el asesinato de Carrero Blanco. Finalmente, la trayectoria política de Girón, como la del resto de las figuras relevantes del fascismo español (con muy pocas excepciones, siendo la única importante la de Ramiro Ledesma Ramos), nos ilustra sobre las características del fascismo en España, muy *conservador*, en tanto que vinculado al tradicionalismo católico y a los mitos castellanistas, si lo ponemos en relación a los modelos italiano y alemán, y sobre su debilidad, en términos electorales y de capacidad de influencia sobre los procesos históricos, siempre dependiente de las estrategias de la derecha antidemocrática. Así sucede en 1936, cuando el veinteañero Girón abraza la retórica de *los puños y las pistolas* enunciada por su jefe, José Antonio Primo de Rivera, de acuerdo con los cánones del fascismo, y, asimismo, en 1976, cuando Girón pretende erigirse, sin éxito, en la cabeza de las filas neofranquistas.

1. LA GUERRA CIVIL COMO PUENTE PARA UNA CARRERA POLÍTICA

Nacido en Herrera de Pisuerga (Palencia) el 28 de agosto de 1911, Girón fue hijo único de una familia representativa de la burguesía provinciana castellana, muy conservadora y católica y propietaria de varias fincas de regadío. Con siete años sus

padres le enviaron a estudiar al colegio de los jesuitas de Orduña (Bilbao), centro que abandonará el curso siguiente para ingresar en los jesuitas de Valladolid. El joven Girón, de cuerpo robusto, fue muy aficionado al deporte, a la gimnasia, al remo y la natación, y a montar a caballo, lo que hizo de él un hombre de fuerte complejión física. No tardó en entrar a formar parte de aquella generación europea *con camisa*, de uno u otro color, roja, negra, parda, gris, verde o azul, y acompañada de una serie de distintivos que servían para identificar a una corriente política. La suya, como joven arrastrado por las revoluciones totalitarias que maldecían el parlamentarismo, acusado de ineficaz, corrupto y burgués, esto último precisamente lo que era Girón, será la azul del fascismo español. Siguiendo la estela paterna cursa la carrera de Derecho en la universidad de Valladolid, de donde es expulsado por cometer actos violentos no esclarecidos, lo que le supuso la inhabilitación de un año para estudiar en el resto de universidades y de tres en su centro, lo que le obligará a continuar los estudios en Salamanca y licenciarse en 1933. Un año antes se había iniciado en la vida política. Lo hizo en las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, un pequeño grupo de tendencia fascista conformado en el verano de 1931 por universitarios y labradores y liderado por Onésimo Redondo. En el semanario de este grupo, *Libertad* (Valladolid), se rastrean los siguientes componentes ideológicos, que serán los característicos del fascismo español: ultranacionalismo españolista de signo castellano y agrarista, catolicismo tradicional y, en consecuencia, rechazo a la modernidad política y cultural, apología de una sociedad jerarquizada, exaltación de la juventud, valoración positiva de la violencia aplicada a la consecución de objetivos políticos, antimarxismo y antisemitismo. Girón quedó integrado en las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) cuando la gente de Redondo se fusionó con el grupo fascista que en Madrid dirigía Ramiro Ledesma, La Conquista del Estado, y en Falange Española de las JONS cuando esta última denominación sumó sus fuerzas a las de Falange Española, liderada por José Antonio Primo de Rivera. Todas las fusiones se explican en función de la sintonía de intereses y la extrema debilidad de todas las organizaciones citadas; aún así el fascismo español no dejó de ser una corriente marginal hasta el inicio de la guerra civil.

Durante los dos años anteriores al inicio de la guerra Girón trabajó para la diputación provincial de Valladolid y como profesor particular. Entre tanto no pierde contacto con la vida política y ejerce de pistolero fascista. En España, como en muchas otras partes de Europa, se vive entonces una fase de militarización de las actitudes políticas, a cargo tanto de la extrema derecha y el fascismo como de la extrema izquierda; todas estas corrientes exaltan la violencia como fuerza moral y purificadora y recurren a organizaciones de milicias para controlar la calle y desplazar al adversario político. Como el propio Girón ha reconocido, a él se deben varios atentados mediante explosivos. Refiriéndose a 1932, dice haber preparado en Valladolid una bomba con la pólvora proporcionada por el orador de un mitin derechista y con la cual pretendía emular, durante la noche, un atentado cometido en Madrid por militantes ultraderechistas:

“Vino a las 12 con la pólvora. *Démela*, yo en un par de horas hago la bomba. Nos veremos a las dos. Me metí en un portal de la calle de la Pasión, e hice la bomba. Bastante mal hecha, esa es la verdad, pero la hice. Llegaron las 2, y el hombre no se

presentó. Ni a las tres. Ni a las cuatro. En vista de que no aparecía, y la bomba ya estaba hecha, fui y la puse en el gobierno civil. Pero no estalló. Al día siguiente la recogí, me la llevé a casa, la hice mejor, y un mes después la puse de nuevo. Y esta vez sí estalló”¹.

A comienzos de 1934 Girón se instala en Madrid, para preparar la oposición de fiscal, lo que no le impide mantener un estrecho contacto con la militancia fascista en la capital. Por poco tiempo, pues el deterioro del negocio familiar obliga a Girón a regresar a Valladolid, en cuya diputación trabaja de temporero en labores administrativas. Tras las elecciones de febrero de 1936, que dieron el triunfo a la coalición de izquierdas, el Frente Popular, Girón, quien desempeña la jefatura provincial de milicias, toma parte en varias peleas contra militantes de la izquierda y se especializa en acciones terroristas mediante el uso de explosivos: el 19 de marzo, en esta ocasión al atardecer, repite la operación de atentado contra el gobierno civil, y unos días después viaja a Asturias para adquirir dinamita y proseguir la campaña de atentados en otras provincias. No es extraño, por tanto, que cuando da comienzo la guerra civil, tras el fracasado intento de golpe de estado del 17-18 de julio, nuestro hombre se encuentre en la cárcel, tras ser detenido en San Sebastián junto a otros dos falangistas, y pendiente de dos procesos por tenencia ilícita de armas y colocación de explosivos. La suerte sonríe a Girón, pues ha sido trasladado a la cárcel de Valladolid y en esta ciudad los militares golpistas se hacen rápidamente con el control de la situación; de haber permanecido en el País Vasco habría sido seguramente ejecutado, tal y como les ocurrió al padre y dos hermanos de su futura esposa, miembros de una familia conservadora que no habían cometido ningún delito. Girón va a formar parte del reducido grupo de civiles, guardias civiles y militares que a partir del 21 de julio intenta, sin éxito, atravesar el Alto de los Leones, desde la vertiente segoviana, y dirigirse sobre Madrid; por su actuación durante los combates recibirá la medalla militar individual. Después queda encuadrado en la Primera Bandera de Castilla, unidad falangista a su vez integrada en una de las columnas que avanzan hacia la capital, y combate en Pozuelo y Boadilla del Monte, al noroeste de Madrid. Después figura entre los organizadores de una operación, frustrada, destinada a liberar al jefe de Falange, preso en la cárcel de Alicante, y comienza a participar en los asuntos políticos del partido, como delegado territorial de Castilla, si bien su papel no es relevante. Para entonces Girón ha recibido ya información sobre la muerte de los principales jefes falangistas, Redondo, Ledesma y Primo de Rivera, y vive la etapa de Manuel Hedilla como jefe provisional y la unificación de fuerzas políticas decretada por el jefe militar y político de la zona sublevada, general Francisco Franco. Con esta medida Franco se autodesigna jefe del partido único, de acuerdo con los modelos totalitarios: Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Girón es uno de los falangistas beneficiados de esta medida. Pues el hecho de que apenas se haya significado en la batalla interna vivida por su partido en los meses previos, y que cuando lo

1. Soler Serrano y Irurozquí, *Girón entre el ayer y el mañana*, Barcelona, Ediciones Jaime Solá, 1973, págs. 16-17.

ha hecho haya sido para frenar los impulsos de los más radicales, y la circunstancia, asimismo, de haber participado en diversos combates frente al enemigo, hasta alcanzar el grado de capitán de infantería, impulsa a Franco a nombrarle miembro del Consejo Nacional del nuevo partido y a confiar en él para otros puestos. No tendrá queja, pues la lealtad de Girón a su *Caudillo* será inquebrantable a partir de entonces.

2. MINISTRO DE TRABAJO

Al término de la guerra Franco situó a Girón al frente de la delegación nacional de ex combatientes, organismo dependiente del partido y cuya misión fue la de repartir beneficios entre sus asociados, los ex combatientes del bando franquista, mientras se negaba cualquier reconocimiento, moral o económico, a los derrotados; los ex cautivos y ex combatientes franquistas ocuparon la mayor parte de las vacantes producidas en los organismos oficiales, las cuales tenían su origen en los expedientes de depuración incoados a los desafectos o sospechosos de serlo, y, además, en las convocatorias de oposiciones que tuvieron lugar durante la posguerra se reservó para ellos cierto número de plazas. Dos años después, con motivo de la crisis de mayo de 1941, Girón entró en el Gobierno como ministro de Trabajo. Como el propio interesado reconoce en un libro de recuerdos, en aquel entonces no tenía preparación alguna para el cargo. De hecho, fue el ministro más joven de Franco, ya que asumió la cartera a los 29 años, pero también el que más años estuvo en un mismo ministerio, nada menos que diecisiete. Respecto a aquella crisis debe recordarse que Franco estaba preocupado por la ambición de su cuñado, Ramón Serrano Suñer, ministro de Exteriores y desde el decreto de unificación su mano derecha para asuntos de política interior, así como por el enfrentamiento que en el seno del régimen había estallado entre el partido y el ejército. Esta división interna se explica en función de un error de cálculo de los falangistas, quienes creían disponer de fuerza suficiente como para hacerse con el control del aparato del Estado, excluyendo al resto de fuerzas que servían de soporte a la dictadura franquista, lo que, por un lado, alimentaba el enfrentamiento entre fascistas y el estamento militar, y, por otro, entre fascistas y los políticos monárquicos y representantes de la derecha católica, ansiosos también de alcanzar mayores cotas de poder alrededor del *Caudillo* o de un futuro rey. A partir del control de las oficinas de Prensa y Propaganda, Serrano había propiciado una intensa movilización política favorable al partido, y en ocasiones lo hizo sin atender a los intereses generales del gobierno de Franco. El jefe del Estado decidió entonces recortar la capacidad de maniobra de Serrano². Lo hizo situando a un militar, Valentín Galarza, en Gobernación (equivalente en la actualidad a Interior), ministerio que hasta entonces había permanecido bajo el control de los *serranistas*, y a José Luis

2. Serrano debe ser presentado, mejor que como fascista, como un fascistizado, en tanto que diputado de la derecha católica que, como otros representantes de la CEDA, se sentía cautivado por la forma en que los fascistas se habían apoderado del Estado en Italia y Alemania.

Arrese al frente de la Secretaría General del Movimiento, ministerio encargado de dirigir el partido único. Arrese era un falangista no afín a Serrano y que aspiraba a crear un equipo propio, pero carecía de la voluntad y de la capacidad necesaria para hacer sombra a Franco. Entre los nuevos ministros figuraban también los falangistas Miguel Primo de Rivera, hermano del fundador de Falange, en Agricultura, y Girón en Trabajo. Franco se había visto sorprendido por la magnitud de la crisis abierta tras el enfrentamiento entre el grupo de Serrano y un sector de la cúpula militar, y no tenía muy claro qué pasos convendría dar en el futuro, pero sí sabía que necesitaba a alguien fiel a su persona en el partido, capaz de mantenerlo bajo control y de limar asperezas con los militares opuestos a la influencia fascista. También necesitaba hacer ver al gobierno del Tercer Reich, cuya influencia se hacía sentir cada vez con más fuerza a nivel político y económico, que estaba dispuesto a ejercer el poder con decisión y que no daría paso a la formación de un Gobierno homogéneo al gusto de Serrano, ni de ningún otro.

El primer tema importante que Girón tuvo que afrontar como ministro fue el de atender la petición de mano de obra por parte de la Alemania nazi, destinada a cubrir una parte de las vacantes dejadas por los varones enviados a diferentes frentes de guerra; el régimen nazi había comenzado a solventar este problema mediante el empleo de mano de obra esclava, procedente de países ocupados, y voluntaria, suministrada por los países aliados, como era el caso de Italia. Girón ha titulado su libro de recuerdos y anécdotas, por no utilizar otros calificativos, *Si la memoria no me falla*. Pues bien esta colaboración, que constituye uno de los episodios más vergonzantes de las relaciones entre la España franquista y la Alemania nazi, es imposible rastrearla en las páginas del texto de Girón y ello pese a que el acuerdo hispano-alemán para el empleo de trabajadores españoles en Alemania, firmado en agosto de 1941, afectaba directamente al ministerio de Trabajo. Para poner en marcha esta operación fue creada una comisión interministerial en la que Exteriores se reservaba buena parte de las competencias, por expreso deseo del todavía influyente Serrano Suñer (Franco no se decidió a prescindir de su colaboración hasta un año después, con carácter irreversible), pero integrada también por representantes de los ministerios del Ejército, Agricultura, Industria y Comercio, Trabajo y Delegación Nacional de Sindicatos de FET y de las JONS. Además, el reclutamiento, contratación y asistencia de los trabajadores era competencia de la delegación sindical y de Trabajo, y en este ministerio quedó establecida una comisión mixta compuesta por funcionarios del mismo, así como de la citada delegación, el ministerio de Trabajo alemán y el Frente Alemán del Trabajo, con la misión de formalizar el envío de *productores* a Alemania conforme a lo acordado. Finalmente, en el organigrama de la comisión interministerial figura una secretaría técnica cuya función fue la de proponer a la presidencia las medidas necesarias para la ejecución de lo convenido con la parte alemana, llevar a la práctica las decisiones dictadas por la presidencia y confiar a la delegación sindical los servicios de propaganda, reclutamiento, transporte y equipo precisos para alcanzar dicho objetivo; el secretario, designado por Trabajo, tenía su sede en este ministerio y sustituía al presidente en los asuntos de trámite, así como en los casos de enfermedad o ausencia. De esta forma, en virtud de la posición de Serrano dentro del régimen y el peso de los falangistas en Trabajo, el control de los sectores fascistas en la comisión

quedaba asegurado. La primera expedición de trabajadores partió el 24 de noviembre desde la madrileña estación del Norte. Fueron despedidos por Girón, acompañado de su subsecretario, Pérez González, el jefe provincial del partido y gobernador civil Carlos Ruiz y otras autoridades, además de por una representación alemana. El número total de personas enviadas a Alemania a partir del acuerdo suscrito fue de 10.569, la mayor parte de ellas carentes de empleo en una posguerra de hambre y de temor a la represión, en el caso de los derrotados, e incluso a una nueva guerra civil; la situación de penuria que afectaba a muchas familias permitió a representantes del gobierno alemán contratar a otras personas ilegalmente. Lo cierto es que los alemanes solicitaron muchos más trabajadores, pero Franco se negó a satisfacer las exigencias de su aliado dado que esta colaboración suponía un gasto considerable para las arcas del Estado: el poderoso Tercer Reich consiguió que todos los gastos, incluido el salario de los trabajadores, fueran satisfechos por el estado español, de forma que paulatinamente fuera siendo reducida la deuda contraída como consecuencia de la ayuda militar alemana a los sublevados en julio de 1936. Lo peor de todo fue que muchos de quienes viajaron a Alemania y la Austria anexionada al Tercer Reich con la esperanza de ganar un salario fueron obligados a trabajar, en situaciones penosas, en empleos que no se correspondían con el contrato firmado antes de salir de España, es decir, fueron tratados como mano de obra esclava, y además, cuando la guerra cambió de signo y Alemania comenzó a perderla, no se les permitió regresar, siendo obligados a sufrir los bombardeos de los aliados sobre territorio alemán y a presenciar en directo el derrumbamiento del sueño nazi³.

La historiografía franquista ha hecho de Girón el impulsor de la denominada *política social del régimen*. Como muchos hombres y mujeres, políticos o no, Girón se esforzó en crearse un personaje, en su caso de ministro obrerista, todo “corazón y pelotas”, como él decía, el “capitán de la justicia social”, al decir de sus aduladores, un político capaz de negociar con los mineros asturianos en los *chigres*, donde supuestamente compartía con ellos la sidra y, después de apuntar en un bloc lo que los mineros le decían que eran sus necesidades más apremiantes, les desafiaba a un pulso, de los que nuestro hombre, que era bastante fuerte y alardeaba de ello, dice no haber perdido ninguno. Si la ideología del franquismo se alimenta, durante su primera etapa, de tres fuentes, tradicionalismo católico, militarismo y fascismo, resultaba lógico esperar que el gobierno impulsase políticas de protección de los trabajadores frente a los *excesos* de liberalismo que eran parte consustancial del sistema económico capitalista. Ese había sido el propósito del catolicismo social desde finales del XIX y del fascismo, con el doble propósito de luchar contra las injusticias propiciadas por el desigual reparto de la riqueza y de apartar al proletariado obrero y campesino de los sindicatos y partidos que hacían bandera de la lucha de clases. Girón, un fascista de escasa base doctrinal pero de fuerte carácter, que había estado en el frente y visto morir a muchos, y matado a otros, que llegó a cargos de

3. José L. Rodríguez Jiménez, *Los esclavos españoles de Hitler*, Barcelona, Planeta, 2002.

responsabilidad muy joven, lo que le permitió viajar al extranjero y ampliar sus horizontes mentales, parece haber asumido que la victoria en la contienda civil no debía ser utilizada exclusivamente para imponer a los derrotados un régimen autoritario ultraconservador y de ribetes fascistas, sino también para mejorar la situación de los trabajadores manuales. Así se desprende de varios de los discursos que pronuncia durante su etapa como ministro, en los que se refiere a imperfecciones y a muchas cosas por hacer, a la *revolución pendiente* enunciada por Primo de Rivera y que, al decir de otros falangistas situados en puestos secundarios, como Patricio González de Canales, sería lo único que podría justificar la barbarie de la guerra civil. Un mejor nivel de vida del proletariado debía ayudar, al igual que el miedo impuesto por una feroz represión, a que el orden político y económico no fuese cuestionado e incluso a que una parte de los trabajadores acabase formando parte de la base social del régimen, como había ocurrido en la Italia fascista y la Alemania hitleriana. No obstante, esta no era una empresa fácil, dado que el *Estado Nuevo* impuesto por los vencedores significó entre otras cosas la liquidación de la ley de reforma agraria y de los decretos impulsados desde el ministerio de Trabajo en 1931 y 1936, por socialistas y republicanos, para mejorar las condiciones laborales de los trabajadores (salarios, contratos, horas de trabajo). Y además, durante la guerra, en determinadas zonas de España los sindicatos habían tenido la oportunidad de poner en marcha proyectos revolucionarios de transformación de la sociedad e incluso, por primera vez en la historia, los anarquistas habían organizado diversas poblaciones de acuerdo con el sistema de autogestión comunal. Todo esto había terminado y los empresarios dictaban ahora sus condiciones, extremadamente injustas, al amparo del poder militar y del miedo en el que vivían sumidos los derrotados. No obstante, las medidas aprobadas en forma de órdenes ministeriales y de leyes durante la larga etapa de Girón como ministro de Trabajo supusieron mejoras para los trabajadores y una parte de ellos las aceptaron como un mal menor tras la derrota en el campo de batalla. No sólo a causa del miedo, que no anula la propaganda clandestina contra el régimen, también del contexto en el que se desenvuelve la sociedad española, una durísima posguerra que afecta a casi todos en forma de racionamiento y a muchos mediante el hambre, las enfermedades y el temor a lo que pudiera venir.

Durante la etapa de Girón como ministro de Trabajo, labor en la que, como la mayor parte de sus compañeros de gabinete, disfrutó de bastante libertad de iniciativa, se aprueban varias medidas de contenido social que es preciso situar en el contexto correspondiente. Los primeros programas de previsión social, de finales del siglo XIX, fueron de tipo voluntario, el estímulo procedía del Estado e iban dirigidos a trabajadores industriales de bajos ingresos. En la fecha tardía de 1908 nace el Instituto Nacional de Previsión, la principal institución social a partir de entonces, la cual podía delegar sus competencias administrativas en entidades privadas. En los años siguientes el sistema alcanza un escaso nivel de desarrollo en términos comparativos con otros países occidentales: sólo tres riesgos sociales fueron objeto de los programas de seguros obligatorios, jubilación (1919), maternidad (1926) y accidentes de trabajo (1932), y el resto de las contingencias se dejaron “a la previsión voluntaria

o privada, subsidiada sólo parcialmente por el Estado”⁴. Durante el franquismo hay que diferenciar dos períodos en función de las condiciones económicas y sociales, y también políticas: el primero, que es el que ahora nos interesa, abarca desde el final de la guerra hasta los últimos años de la década de los cincuenta y se caracteriza por el desarrollo de un sistema de seguros sociales, y el segundo cubre desde comienzos de la década de los sesenta hasta el final del régimen y supone el comienzo del sistema de seguridad social (de 1961 data la extensión del aseguramiento a todas las enfermedades profesionales y el seguro nacional de desempleo). Durante la etapa Girón, que cubre básicamente el primer período, de fuerte intervención estatal, en la línea del corporativismo católico y fascista, lo que significa entre otras cosas sindicato de afiliación obligatoria, supresión de la negociación colectiva y fijación de salarios por parte del Estado, se aprueba el seguro obligatorio de enfermedad (1942) para trabajadores industriales de bajo salario y las personas que de ellos dependen, a partir de una financiación tripartita de empleados, trabajadores y el Estado. A continuación, también en 1942, se crea el plus familiar (a partir del subsidio familiar para trabajadores dependientes de 1937), consistente en un complemento salarial financiado por los empresarios y administrado de forma independiente en cada empresa por un comité de trabajadores, seguido dos años después por el Instituto de Medicina e Higiene y Seguridad del Trabajo.

A lo largo de la década se reestructura la red de atención sanitaria de beneficencia y la organización de salud pública, pero habrá que esperar cuatro décadas para que sean integradas todas las redes públicas de atención sanitaria. Entre tanto, el seguro obligatorio de enfermedad aparece marcado por sus limitaciones, en cuanto se refiere a la población cubierta (en 1960 alcanza al 44% de la población total) y al abanico de prestaciones ofrecidas: atención sanitaria primaria, medicación gratuita de una lista cerrada y hospitalización temporalmente limitada para cirugía. En 1947 quedó aprobado el seguro de vejez e invalidez, que sustituyó al subsidio de igual nombre de 1939, el cual había establecido pensiones de cuantía fija para trabajadores de bajos ingresos y más de sesenta y cinco años y los incapacitados de más de sesenta, cuya financiación corría a cargo de los empresarios y el Estado; a mediados de la década siguiente se introdujeron nuevas disposiciones para atender a las viudas ancianas. El desarrollo del seguro de vejez e invalidez se vio afectado por la creación de los montepíos o mutualidades laborales (1944). Estas mutualidades o sociedades de socorros mutuos, una peculiaridad del sistema español, proporcionaban, a partir de fondos aportados por empresarios y empleados, los mismos beneficios de jubilación, orfandad, viudedad, natalidad y asistencia sanitaria en aquellos casos en que el seguro de enfermedad hubiera agotado su prestación reglamentaria de seis meses, y podían incluir tanto a trabajadores de una rama industrial como de servicios en el ámbito nacional o provincial, o bien a trabajadores de una única empresa. También de 1947 es el decreto de creación de los jurados de empresa, medida que sitúa, una

4. Ana M. Guillén, “Un siglo de previsión social en España”, en *Ayer*, núm. 25, 1997, pp. 152-153.

vez que comiencen a funcionar seis años después, a representantes del sindicato oficial en los consejos de administración, lo que en absoluto significa una *participación* del trabajador en la marcha de la empresa, tal y como decían los falangistas, ya que se trataba de trabajadores de su confianza (situación que cambia parcialmente en los sesenta, cuando gana terreno Comisiones Obreras) y sin capacidad para influir en los asuntos de relieve; también comienza a funcionar entonces la jurisdicción judicial laboral para dirimir conflictos entre empresarios y trabajadores, desempeñada por magistrados y jueces procedentes de la carrera judicial y fiscal.

Este conjunto de medidas permitió a Girón, y con él al resto de líderes falangistas, abundar en la retórica de la *justicia social*, si bien una parte de los puestos clave del Instituto Nacional de Previsión, donde los falangistas fueron mayoría, permanecieron en manos de los representantes del catolicismo social. En palabras de Girón “todavía son pocas las consignas que se van cumpliendo y es imperfecta la forma en que se cumplen”, pero al menos se había comenzado a caminar en el sentido de hacer realidad el ideario falangista⁵, es decir, de la *revolución pendiente*, santo y seña de la retórica falangista de esta época. Sin embargo, lo cierto es que estaba a punto de arrancar con fuerza un nuevo éxodo migratorio hacia las Américas y, cada vez más, hacia Europa occidental, un movimiento migratorio provocado por la imposibilidad de muchos españoles para encontrar un empleo en su país. Pero de eso el régimen no quería hablar. En ese mismo año comenzaron a asegurarse algunas enfermedades profesionales y a partir de 1953, y a lo largo de una década, se crean regímenes especiales para distintas categorías de trabajadores (estudiantes, servicio doméstico, trabajadores autónomos). Por último, en 1950 echaron andar las universidades laborales, que Girón describe como una mezcla de escuelas de preparación profesional destinadas a formar técnicos especialistas en distintos ramos (industriales, agrícolas, pecuarios, comerciales, de transporte) y de centros destinados a acercar la cultura al obrero, y que fueron construidas a partir de los fondos de los montepíos laborales, siendo la primera la de Gijón (Asturias), cuya enseñanza fue confiada a los jesuitas. La segunda se abrió en Córdoba, con la orden de los dominicos encargada de la docencia, y a esta le siguieron otros centros, siempre de gran tamaño y bien dotados, en Sevilla, Tarragona, Zamora y La Coruña.

En resumen, el sistema de seguros sociales ofrecía servicios restringidos a una pequeña parte de la población y el modelo establecido estaba basado en las aportaciones de los empresarios y trabajadores, pues las transferencias del Estado fueron escasas hasta mediados de los sesenta. No obstante, aunque la labor del ministerio de Trabajo fue limitada, por los medios disponibles y por las intenciones, y se desarrolló en ausencia de libertades políticas y sindicales, por primera vez se avanzó de forma considerable en el terreno de la protección social. Ese fue el principal activo de Girón. Mucho más que los aumentos de sueldo de los obreros, ya que la inflación de mediados de los años cincuenta los dejó en nada y las alzas de precios ocasio-

5. José Antonio Girón de Velasco, Discurso a la Vieja Guardia de Castilla en el teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1947.

naron protestas laborales en varias regiones, especialmente en Cataluña, País Vasco y Navarra. La doble crisis, económica, con la inflación disparada y la balanza de pagos muy deficitaria con el exterior, y política, por el planteamiento de una reforma política favorable a los intereses falangistas, y la respuesta que provoca desde los otros sectores del régimen, además de la iglesia y círculos militares, obligó a Franco a proceder a una amplia remodelación del gobierno, que afectó, por unos motivos u otros, a once ministros. En palabras de López Rodó “la salida de Girón estaba decidida desde que forzó una brusca alza salarial que desató la inflación”⁶, en referencia a la orden ministerial emitida por Girón en marzo de 1956, en la cual disponía, sin consultar al ministerio de Hacienda, un aumento salarial amplio que arrastró a los precios, ayudando así a empeorar la situación económica.

Con la salida de Girón, sustituido por Fermín Sanz Orrio, también falangista y antiguo delegado nacional de Sindicatos, y de Arrese, impulsor, sin éxito, de unos proyectos de leyes fundamentales de contenido fascista, desaparecía la última posibilidad de que el régimen adquiriera una configuración falangista. La Secretaría General del Movimiento fue ocupada por José Solís, mal considerado entre los *camisas viejas* y dedicado en los años siguientes a intentar conseguir la autonomía de la organización sindical respecto del Gobierno, lo que no va a conseguir, y además no era un tema de su competencia, así como a conservar el cargo, y el también falangista Blas Pérez fue sustituido en Gobernación por el general Camilo Alonso Vega, *Camullo* entre sus amigos. A los falangistas se les dejó como campo de actuación la legislación laboral, pero supeditada a las necesidades de la nueva política económica, que supone una liberalización parcial de una actividad ahogada por las reglamentaciones de la etapa autárquica.

3. EL LEÓN DE FUENGIROLA

Tras su cese como ministro Girón fue un político en la sombra. Debe tenerse en cuenta para entender la siguiente etapa de su vida política que esa salida no ha sido voluntaria, sino el resultado de la pérdida de influencia del fascismo español en beneficio de una derecha autoritaria mucho más presentable en el plano internacional y mas eficaz en la dirección del Estado. Y que la voluntad de regresar será una constante en su vida. Pero de momento Girón dejó abierta su casa de Madrid y se desplazó a vivir en el litoral. No aceptó ni una embajada ni la presidencia de una empresa nacional, posibilidades ambas que le fueron ofrecidas, al igual que a otros ministros en el momento del cese, y en su caso con mayor razón tras más de quince años de servicio. Tal y como ya tenía previsto se instala en la costa del Sol con su esposa y cuatro hijos y, consciente del auge del turismo, que arranca con fuerza en el litoral español, decide dedicarse al negocio inmobiliario, siendo Los Monteros la pri-

6. Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, Editorial Noguer, 1977, pág. 136.

mera urbanización que levanta. Además, en un momento en que los precios todavía eran bajos, pone en marcha una explotación avícola en Fuengirola (Málaga), donde también se construye una vivienda de gran tamaño.

Pero aunque vive alejado de los centros de decisión, no por ello descuida “la guardia ni la información” y se mantiene al tanto de los entresijos de la política gracias a sus contactos y al hecho de ser procurador en Cortes en todas las legislaturas en su condición de miembro del Consejo Nacional, órgano deliberativo del desaparecido partido único y de su sucesor, el Movimiento, y del que Girón forma parte, como se ha dicho, desde 1937, por designación directa del jefe del Estado. El grave accidente de coche que sufre en noviembre de 1962, que le obliga, a partir de entonces, a apoyarse en un bastón para andar, no le desanima. Al contrario, intensifica los contactos en medios políticos y periodísticos y participa en varias operaciones destinadas a intentar recuperar el terreno perdido. Entre los periodistas son personas de su confianza Ismael Herraiz, falangista y viejo amigo, y, entre los jóvenes, Jaime Campmany, Antonio Izquierdo y Antonio Gibello, todos los cuales procuran, con otros apoyos, potenciar la imagen de Girón, al que apodan *el león de Fuengirola*. También le presentan como *el Perón español*, tarea en la que estuvo muy activo el diario de la organización sindical, *Pueblo*, bajo las directrices de Emilio Romero. Este diario le describió en numerosas ocasiones como un falangista puro, de los de la primera etapa, cuando la militancia era muy escasa, sin ambiciones personales y capacitado para movilizar a la militancia falangista, que todos los citados imaginaban muy numerosa, así como para dirigir el Estado a la muerte de Franco bajo la fórmula de una república de tintes sindicalistas: dando un paso más Girón sería nada menos que un nuevo Azaña (presentado como el líder “más representativo e integrador de la izquierda” en las elecciones de 1936), el hombre “integrador de diferencias internas”, un “estadista experimentado” para la España de los sesenta⁷. Claro está que esto era un sin sentido, un planteamiento de escaso interés para la mayor parte de los españoles, no porque no lo comprendieran, aunque pocos lo seguían, sino porque se daban cuenta del engaño. Girón figura además entre los impulsores de *Diario SP*, el cual sale a la calle en septiembre de 1968 y desde el que se canalizan las críticas más nítidas a la liberalización económica y la hegemonía de la derecha tecnocrática en el gobierno de Franco; cuando un año antes Rodrigo Royo, ex director de *Arriba* y próximo a ocupar ese cargo en *Diario SP*, declaró a un diario de Las Palmas que el mejor futuro de España pasaba por el establecimiento de un régimen fascista, Girón figuró entre los que se apresuraron a apoyar públicamente semejante propuesta, la cual es seguro que no habría sido asumida por Azaña. Pero esto poco importaba. Tras la muerte de Ismael Herraiz, en junio de 1969, el periodista Lucio del Álamo, próximo a Girón, publicó en *Hoja del Lunes*, de Madrid, un comentario que situaba a éste, de nuevo, como el hombre necesario en el caso de que Franco faltase: “el segundo hombre de España con Franco, el primero después de Franco (...) hay millones de españoles que así lo creen”. Girón también parece haber pensado lo mismo.

7. *Pueblo*, 9 de marzo de 1966.

Dice Girón que, tras la crisis de MATESA, en el otoño de 1969, creyó llegado el momento “de volver a intervenir en política”, pero como sabemos ya llevaba un tiempo en ello. Al año siguiente consiguió ser designado miembro del Consejo del Reino, organismo al que no habría llegado sin el expreso deseo de Franco, quien vio con buenos ojos que fuera presentado como candidato del Consejo Nacional del Movimiento. Entonces puso en marcha, con otros falangistas, una maniobra destinada a recuperar competencias para el Movimiento y ganar terreno de cara a la sucesión, en el sentido de garantizar la continuidad del régimen una vez desaparecido su fundador. Con ese mismo propósito se movilizan otros grupos neofranquistas, como Fuerza Nueva y las hermandades de ex combatientes franquistas en la guerra civil, las cuales nacen al amparo de la delegación nacional de asociaciones de 1957, creada precisamente para dar cobertura a sus aspiraciones: hermandades de Alféreces Provisionales, Antiguos Combatientes de los Tercios de Requetés, Sargentos Provisionales, Caballeros Legionarios, Marineros Voluntarios, Banderas de Falange y de la División Azul. Estas hermandades, dedicadas a la recreación del pasado y a exigir que se hiciese realidad el franquismo sin Franco, tal y como establecían las leyes fundamentales, se habían mostrado escasamente activas una vez consumidos los impulsos iniciales, ya que, en una coyuntura de estabilidad política y desarrollo económico, el gobierno prefirió poner el énfasis en campañas como la de los *25 años de paz* y dejar en segundo término la retórica de la cruzada anticomunista. Sin embargo, en torno a las concentraciones de apoyo a Franco organizadas por el propio régimen en diciembre de 1970, respuesta interna a las protestas internacionales por el proceso de Burgos, en el que un tribunal militar juzgaba a varios terroristas de ETA, el neofranquismo se postula como una alternativa de futuro y lo hace mostrando una cierta capacidad organizativa al margen de los cauces oficiales, aunque lo consigue gracias a la financiación procedente de organismos del régimen. Ciertamente en esta coyuntura se daban unas circunstancias especialmente favorables para su causa: la campaña internacional da lugar a que el régimen se cierre sobre sí mismo, en torno a la figura del fundador y lo que este significa en el plano ideológico, y además paraliza durante bastantes meses la actividad de los núcleos aperturistas de la clase política franquista. En los meses siguientes la extrema derecha neofranquista tratará de rentabilizar el efecto producido en la opinión pública por las citadas concentraciones y de mantener viva la capacidad de convocatoria, arrastrando nuevamente a la calle a los ex combatientes y a la joven y escasa militancia falangista, al tiempo que intenta ganar nuevos adeptos para su causa entre el franquismo sociológico; esta denominación engloba a todos aquellos, clases medias y trabajadores manuales, que tienen presente en su memoria la guerra civil y están satisfechos con los bienes materiales alcanzados en unos años de fuerte crecimiento económico, en una escala por completo desconocida en la historia española, y con la estabilidad del sistema, sin plantearse los costes. Tanto Blas Piñar, dirigente de Fuerza Nueva, como Girón y otros, civiles y militares, percibían que, para ganar para su causa a nuevos militantes, soporte de un franquismo sin Franco, era necesario un proselitismo más activo que el de los años anteriores, con mucha mayor repercusión en la prensa. Obviamente Girón deseaba que la ansiada continuidad viniese acompañada por una mayor influencia de los hombres y el programa falangista; de acuerdo con sus palabras:

“Franco había nombrado a su sucesor institucional en la jefatura del Estado, pero no había nombrado su sucesor en la presidencia del Gobierno (...) Cada familia política acariciaba el sueño de ocupar con un hombre de sus filas el puesto. La Falange, que seguía manteniendo su proverbial incoherencia, no tenía ninguno”⁸.

Para llevar el juego a su terreno, el del Movimiento, Girón, cada vez más convencido de que Franco le llamaría de nuevo, y ahora para dirigir el Gobierno, pues eso le decían quienes estaban a su alrededor y eso era precisamente lo que él quería oír, se adueñó de una propuesta que ya había aparecido en varios foros falangistas, la de institucionalizar las corrientes de opinión (cualquier término era válido, excepto el de *partido*) y dar a estas alguna posibilidad de influir sobre la marcha de los acontecimientos pero sin ejercer control alguno sobre la acción del Gobierno. La versión de Girón es que con este planteamiento, fiel a la ortodoxia del régimen, sería posible abrir el juego político en el seno del Movimiento mediante la aceptación de tendencias, de forma que si en el futuro el Movimiento desaparecía como consecuencia de un cambio político, las tendencias dispondrían de personalidades, de equipos e incluso de adictos, de experiencia en definitiva, y por lo tanto podrían sobrevivir en el nuevo escenario, convirtiéndose en auténticos partidos capaces de cerrar el paso a la oposición moderada. Sin embargo, el propósito real de Girón pasaba, además, por apartar del Gobierno a los franquistas no dispuestos a mirar de nuevo hacia el pasado. Así, en un momento en que las bases falangistas, conformadas por una parte de quienes se habían formado políticamente en los cursillos del Frente de Juventudes y otros organismos de influencia *azul*, trataban de hacer sentir su presencia en la calle mediante una serie de actos de protesta por la hegemonía de la derecha tecnocrática en el Gobierno, y obtenían una escasa respuesta, bastante menor que la conseguida por la oposición antifranquista, Girón se propuso jugar una nueva batalla para intentar que Falange ganase peso como ideología y como organización dentro del régimen: el plan pasaba por el reconocimiento dentro del Movimiento de las fuerzas políticas que habían participado en la gobernación del país desde el final de la guerra civil, lo que equivalía a la fórmula de 1937, algo a lo que se negaban el resto de corrientes partidarias del continuismo, y por supuesto la derecha tecnocrática, y asimismo los que apostaban de cara al futuro por una reforma del sistema político. Girón dio a conocer su propuesta el 4 de mayo de 1972 en el teatro de la Feria de Valladolid, en el marco de unas conferencias organizadas por la Hermandad de Banderas de Castilla y después de recibir la aprobación de Franco para el contenido de su exposición. El acto había despertado notable expectación y allí se congregaron numerosos medios de prensa y varios miles de falangistas que siguieron el discurso desde el interior y desde pantallas de televisión en circuito cerrado y altavoces situados en pabellones anexos; el discurso fue además publicado íntegramente, algo infrecuente, en un suplemento especial de un diario, *El Alcázar*, donde Girón había pasado a ejercer una considerable influencia a nivel ideológico y económico. Girón renegó una vez más de

8. José Antonio Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, Barcelona, Planeta, 1994, pág. 218.

la democracia, apelando a la idiosincrasia de los españoles, supuestamente incapaces de convivir en un régimen de libertades, y trató de entusiasmar a los falangistas con el viejo proyecto del Movimiento, en el que se integrarían tres tendencias para articular la supuesta diversidad de la vida política:

“La sucesión de Franco no podrá funcionar, carecerá de savia, sin el encauzamiento ordenado de la diversidad de interpretaciones. El fenómeno de Franco es históricamente irrepetible. Pero también sabemos, por excelencia histórica, que el pluripartidismo o el multipartidismo político es, para la mentalidad y vehemencia del temperamento español, sencillamente catastrófico. Nos encontramos, aparentemente, en un callejón sin salida, en el puro centro de un círculo vicioso. Ese círculo se rompe con el funcionamiento de las tendencias, que surgen de la interpretación de la ideología del Movimiento, que exige la máxima lealtad al Estado (...) recomendamos que la dialéctica del pueblo español, después del constructivo y eficazísimo período constituyente del Caudillo, debe orquestarse en forma de tres grandes tendencias que coincidan, por igual, en lo sustantivo, y discrepen cuanto quieran en lo adjetivo; una mirando hacia delante, y otra un poco más hacia atrás; la primera más progresista y revolucionaria; la segunda, más conservadora y tradicional; y la tercera, más templada, menos radical, más en disposición de asumir la misión moderadora. Pero las tres, insisto, igualmente leales al Estado, a la Constitución, al sistema político que los cobija”.

Era como decir que los grupos políticos debían estar dirigidos por Federico Silva, en el centro, Laureano López Rodó o Gregorio López Bravo a la derecha, y el propio Girón a la *izquierda*. Como si en el franquismo no hubiese otra cosa, que lo había, o como si la posibilidad (pronto necesidad) de negociar con la oposición moderada pudiese quedar cerrada para siempre. El discurso no gustó al secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández Miranda, no porque plantease algo ajeno a la ortodoxia del régimen, pues no era así, sino porque le comía terreno. Por otro lado, la maniobra de Girón sí interesaba a otra de las familias del régimen, a la derecha católica autoritaria procedente de las filas de Acción Católica, encabezada por Silva y desplazada del gobierno en la crisis de 1969 en beneficio del otro catolicismo autoritario, ahora hegemónico, el dirigido por Carrero o, más bien, por Laureano López Rodó y otros políticos vinculados al instituto seglar Opus Dei. Es seguro que hubo conversaciones entre Girón y Silva (quien no tardaría en dimitir del ministerio al que había sido arrinconado, Obras Públicas), ambos interesados en coordinar su acción. Pero, como escribe Emilio Romero, “su error era pensar que el almirante y López Rodó se estaban chupando el dedo”⁹.

Entre las figuras de relieve que forman ahora parte del grupo de Girón cabe citar a Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes, al teniente general Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil, y a Francisco Ruiz Jarabo, presidente del Tribunal Supremo, lo que nos habla de un nivel de influencia nada

9. Emilio Romero, *Tragicomedia de España (Unas memorias sin contemplaciones)*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 170.

despreciable. A ello hay que sumar sus buenas relaciones con el denominado *círculo de El Pardo*, conformado por los ayudantes civiles y militares del jefe del Estado y el médico de Franco, Vicente Gil, con los cuales se reúne a menudo en su casa de Madrid, y una serie de contactos en medios periodísticos, entre los que sobresalen los nombres de los ya citados Izquierdo, redactor de *Arriba*, el portavoz de la secretaría general del Movimiento, y Gibello, director de *El Alcázar* desde 1971. Este último diario había sido fundado en el transcurso del asedio del alcázar de Toledo por las tropas republicanas durante la guerra civil y era editado por la Hermandad de Nuestra Señora Santa María del Alcázar de Toledo, la cual mantuvo hasta mediados de 1968 un contrato de cesión con una empresa vinculada al Opus Dei. En esa fecha la sociedad editora recuperó la cabecera del diario, alegando que la empresa concesionaria había derivado hacia una línea política que no coincidía con el espíritu con el que había sido fundado el periódico, y en octubre se constituye DYRSA (Diarios y Revistas S.A.) como sociedad editora de *El Alcázar*, a la cual la Hermandad aporta el derecho, uso y disfrute de la cabecera. También el director del órgano portavoz de la organización sindical, *Pueblo*, figura entre los apoyos de Girón, aunque Romero, curtido periodista y escritor, cultivó siempre su propia persona. Tras el discurso de Valladolid, el equipo de *Pueblo* se volcó nuevamente en promover la figura de Girón como futuro presidente del Gobierno en una serie de listas en las que aparecían también Silva y otros nombres. Y lo cierto es que la impresión de que Girón estaba ganando posiciones se vio reforzada cuando a mediados de julio una amplia representación de la I Bandera de Falange de Castilla, con Girón a la cabeza, fue recibida en audiencia por el jefe del Estado, en El Pardo, acto al que siguió una comida en el comedor del regimiento de la guardia a la que asistieron varios mandos militares, entre ellos el teniente general García Rebull, capitán general de la primera región militar, y el director de la guardia civil, y sobre todo cuando Franco le encomienda el discurso conmemorativo del XXXIX aniversario de la fundación de Falange Española, efeméride del calendario político del régimen que se había venido celebrando hasta octubre de 1969 en el madrileño teatro de la Comedia, para enlazar con la etapa fundacional, y que a partir de entonces se traslada a la sede del Consejo Nacional. Ese 29 de octubre de 1972, ante Franco y el príncipe de España, Girón pronunció un discurso plagado de metáforas y de expresiones propias de la retórica joseantoniana que para nada conectaban con el conjunto de la sociedad española y que cada vez dejaban más indiferente, pese a los muchos aplausos, al auditorio al que estaban dirigidas. También aprovechó para dirigir una advertencia, más bien una amenaza, llamada a entrar en vigor en el caso de que el régimen fuese reformado desde dentro. Si eso llegase a suceder los falangistas se sentirían desligados de su compromiso y se entregarían de nuevo a la lucha al margen de los cauces políticos:

“El Movimiento es un proceso integrador en el cual la Falange quedó incrustada como savia y levadura. Los falangistas somos los primeros en mantener y defender esa unidad sagrada; y sólo en la hipótesis de que un día el sistema abandonase sus propósitos revolucionarios, podríamos suponer que ya no éramos necesarios. Entonces volveríamos a la intemperie para recoger de nuestro pueblo –con la misma fe y el entusiasmo del primer día– sus anhelos, sus sueños, sus ilusiones, su savia, y volveríamos a ofrecerla para iluminar caminos y fecundar un tiempo nuevo”.

Pero lo cierto es que los discursos de Girón a lo largo de 1972 interesaron poco al país, pues la mayoría de los españoles esperaba otra cosa del futuro, pese a que la desmovilización política, objetivo de la dictadura, fuese la tendencia dominante. Pero sirvieron para galvanizar a la militancia falangista, también atraída, como una parte de la extrema derecha, por el verbo de Blas Piñar. Cuando el 25 de noviembre de 1973 Girón pronuncie un nuevo discurso, en esta ocasión en el Alto de los Leones, con motivo de la clausura de la asamblea de hermandades de Alféreces y Sargentos Provisionales de Segovia, el proyecto de una confederación de ex combatientes franquistas está casi ultimado. Además, los pasos se aceleran tras el asesinato del presidente del Gobierno, almirante Luis Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, por la organización terrorista ETA, tan sólo seis meses después de que Franco hubiese dado el paso de separar la jefatura del Estado y la del Gobierno.

Girón estuvo a punto de volver al Gobierno en esa coyuntura crítica para el franquismo. No como ministro sino como vicepresidente de Carlos Arias Navarro, sucesor de Carrero en la presidencia. La desaparición de Carrero supuso un duro golpe para Franco, quien pierde a su más fiel y eficaz colaborador, y una grave crisis para el régimen, pues el relevo en la presidencia vino acompañado de la salida de los tecnócratas, al completo, de la escena política, sustituidos por un equipo poco compacto y pronto asediado por el resto de actores políticos, de dentro y fuera del sistema, lo que dará alas a los inmovilistas. En esta situación lo lógico hubiera sido que Fernández Miranda, vicepresidente del Gobierno y ministro secretario general del Movimiento, fuera designado jefe del gabinete, por ser persona de la confianza de Carrero y del príncipe, y haber demostrado temple y capacidad de gestión en momentos difíciles durante los días en que tuvo que asumir interinamente la presidencia. Sin embargo, el *círculo del Pardo*, en el que tiene un papel cada vez más importante la esposa de Franco, Carmen Polo, hizo todo lo posible para evitar esa posibilidad, la de que un hombre experimentado, de fuerte personalidad, de la confianza del príncipe de España y que se había presentado a la toma de posesión como ministro del Movimiento con camisa blanca y no azul, llegase a ser presidente. Otros se esforzaron con el mismo propósito, entre ellos Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, y el propio Girón. Este, por su parte, sostiene que se le planteó “la posibilidad de ser el nuevo presidente del gobierno”, ofrecimiento que dice haber rechazado, lo que no resulta creíble, y haber propuesto, en cambio, que Franco reasumiera la jefatura del ejecutivo y se tomase un tiempo antes de proceder a la designación del sucesor de Carrero; dice también que Franco pensaba en él “como un *triumfo*, una carta de la baraja que se guarda para la última jugada”. Ciertamente, varios testimonios apuntan a que el nombre de Girón estuvo entre los seleccionados por Franco y Rodríguez de Valcárcel para conformar la lista que iba a ser enviada al Consejo del Reino; este organismo, que en teoría elegía, en la práctica se limitaba a presentar los tres nombres que le habían sido indicados y a continuación Franco procedía a designar jefe del Gobierno. Según el falangista Utrera Molina, entonces ministro de la Vivienda y con buenas amistades entre los ayudantes de Franco, la

lista final la componían cinco nombres¹⁰: el propio Rodríguez de Valcárcel, Girón, el almirante Pedro Nieto Antúnez, Manuel Fraga y Carlos Arias Navarro, éste último ex alcalde de Madrid y ministro de la Gobernación en el momento del atentado a Carrero. Lo único cierto es que Franco acabó decantándose, después de que sonase más que ninguna otra la candidatura de Nieto Antúnez, por Arias Navarro. La designación de Arias, sin peso específico dentro del régimen, fue una sorpresa, aunque contaba con dos factores a su favor en esa coyuntura, siempre, claro está, desde el punto de vista del entorno de Franco: era un franquista puro, como lo fue Carrero, que no había destacado por su ambición política y carente de vinculaciones estrechas con las familias del régimen. Al parecer, el *círculo de El Pardo*, teniendo como instrumentos principales al médico Vicente Gil y a Antonio Urcelay, ayudante de la casa militar del jefe del Estado, promovió la candidatura de Arias¹¹ para la presidencia y la de Girón para la vicepresidencia, versión recogida por este último¹², y muy posiblemente Girón hizo todo lo posible para que el cargo fuera a sus manos; sea como fuere el nuevo presidente se negó a aceptar esa indicación para la vicepresidencia¹³. Si la elección de Arias fue una sorpresa, más sorprendente hubiese sido que Franco escogiese para encabezar el nuevo Gobierno a Girón, muy identificado con el pasado y además con el pasado fascista. Franco no había optado nunca por un falangista como segundo hombre del régimen y, a la hora de escoger a los hombres, nunca mujeres, de sus gobiernos, había procurado el equilibrio y la sucesión de equipos, sin actos estridentes, si bien en los últimos años había habido un grupo claramente dominante; a este respecto cabe decir que optar por Girón habría supuesto hacerlo por alguien muy identificado con una de las *familias* del régimen e incapaz de tender puentes a las otras, lo que hubiera debilitado el sistema. Pero también es verdad que Franco había perdido capacidad para gestionar las crisis y que, en ese momento de hundimiento, podría haberse sentido inclinado a mirar hacia el pasado (aún más) a la hora de cambiar el Gobierno.

10. José Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera*, Barcelona, Planeta, 1989, pág. 84.

11. Según Utrera, una vez que Franco se inclinó por Nieto Antúnez, militar y buen amigo suyo pero que contaba ya setenta años, y en un momento de declive físico de Franco, su ayudante Antonio Urcelay le dijo que esa elección sería negativa para España. Franco le habría dicho entonces a Rodríguez de Valcárcel que el candidato debería ser él o Girón, pero el presidente de las Cortes respondió que ya no había tiempo para esa posibilidad, pues ambos formaban parte del Consejo del Reino y para ser candidato en las deliberaciones que habrían de tener lugar (el plazo expiraba el día 28 de diciembre) deberían haber dimitido previamente y sus puestos ser cubiertos. Entonces Franco le dio instrucciones para proponer a Carlos Arias, acompañado en la terna correspondiente por Gregorio López Bravo y Federico Silva. J. Utrera, *Sin cambiar...*, pp. 84-85. El mejor relato sobre la designación de Arias en Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003.

12. Véase, además del ya citado texto de memorias de Girón, Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1981.

13. Utrera relata que, en el domicilio de Arias, y en presencia de Urcelay (ejerciendo éste funciones que no eran las suyas), el ya nombrado presidente le dijo a Girón que no contaba con él y que no aceptaría imposiciones. Girón habría respondido que “él no había solicitado dicha designación y que creía, por el contrario, que se trataba de un deseo que estaba en el ánimo del presidente y que él había querido comprobar”. J. Utrera, *Sin cambiar...*, p. 116.

Ciertamente, para Franco y su régimen la situación se presentaba en extremo difícil. Tan sólo unos meses antes la llegada de Carrero a la presidencia había hecho creer a muchos que la continuidad estaba garantizada. Sin embargo, el régimen había entrado para entonces en crisis y aunque había sido capaz de reciclarse a sí mismo en otras ocasiones, adaptándose a nuevas necesidades, la sucesión de Franco añadía un componente nuevo a la presente coyuntura. También son piezas relevantes de la misma la parálisis institucional, que ponía en evidencia la falta de adecuación del sistema a las nuevas estructuras socioeconómicas, y el fortalecimiento de la oposición antifranquista. Por todo ello la elección de Arias para la presidencia debe entenderse como una respuesta a las mismas inquietudes que habían conducido a la designación de Carrero. Había que preparar la sucesión, frenar a los aperturistas y proseguir en la línea de un continuismo controlado que no eludiera las reformas administrativas y de índole económica.

Aunque despedido, Girón consiguió al menos influir en determinados nombramientos, incluidos algunos ministros: José Utrera Molina como secretario general del Movimiento, aunque es también posible que su pase de Vivienda a este ministerio se deba exclusivamente a la voluntad de Franco, y Pedro Cortina en Exteriores. Por otro lado, para sorpresa de los grupos de opinión, Arias, siguiendo el consejo de su equipo de asesores, en el que había figuras jóvenes, se presentó al país con un programa aperturista en el que las asociaciones políticas eran el punto principal, algo que difícilmente hubiera hecho Carrero. Ello no impidió que en los dos años y medio de su mandato Arias se moviera siempre en una posición dubitativa en relación a la oportunidad y al grado de la apertura. Su famoso discurso del 12 de febrero de 1974, *el espíritu del doce de febrero*, retomaba el modelo aperturista apuntado en la Ley Orgánica del Estado y venía a ser un manifiesto a favor de la pluralidad dentro del régimen, que no era lo mismo que *dentro del Movimiento*. A partir de ese momento se sucederán los ataques de los inmovilistas a su gobierno. Tras la exposición por Arias de su programa y la reunión de una comisión Gobierno-Consejo Nacional del Movimiento para tratar los temas políticos urgentes, Girón, quien formó parte de la misma, fue consciente, como Utrera, también partícipe en las sesiones, de que el Gobierno no iba a favorecer el fortalecimiento del Movimiento como organización, lo que hubiera supuesto dotarlo de medios económicos para tareas de propaganda y encuadramiento y encomendar a su Consejo Nacional nuevas funciones, algo que Carrero nunca permitió; dar ese paso hubiera representado abrir las puertas a los planteamientos contenidos en los frustrados planes de Arrese de 1956. Una vez que percibió que no le iba a ser posible influir sobre Arias, Girón hizo todo lo posible por dificultar la acción de gobierno con el propósito de que desde El Pardo se procediese al relevo. En esta labor contó con la colaboración del equipo de periodistas ya citado, del director de *Pueblo* y de Rafael García Serrano, falangista, buen escritor, articulista y ahora director de la agencia PYRESA. Su trabajo no pasó desapercibido, pero lo sucedido en los meses siguientes no hizo sino aumentar el nerviosismo en el búnker franquista. El 25 de abril tuvo lugar un golpe militar en Portugal que venía a poner fin al gobierno de Marcelo Caetano, heredero de la dictadura de Salazar, y a inaugurar la *revolución de los claveles*, de orientación izquierdista; sólo dos meses más tarde se produciría un nuevo golpe militar, ahora en Grecia, el cual provoca la

caída de la dictadura militar de orientación ultraderechista. Como decíamos, ninguno de estos cambios servía para tranquilizar a la extrema derecha española de cara al proceso de sucesión en la jefatura del Estado, que no parecía que fuera a tardar mucho en producirse. En efecto, inmediatamente después del inicio del golpe militar en Portugal Girón movilizó todas sus influencias. Dice que “Utrera solicitó mi ayuda para contener las iras y el despotismo con que Carlos Arias le trataba a él y a todo lo que se refería a nuestro origen”¹⁴, pero más bien parece que Girón trataba de forzar la dimisión de Utrera, a la que debían seguir la de los más conocidos falangistas con cargos en el Consejo Nacional y las Cortes, y así poner en dificultades al Gobierno. Dado que Utrera no se decidía a presentar la dimisión, Girón optó por hacer una declaración política destinada a elevar la temperatura en las agitadas aguas de la corriente ultraderechista que servía de soporte en la calle al búnker franquista. El 27 de abril telefoneó a Izquierdo, director de *Arriba*, para decirle que iba a enviar una declaración que debía ser publicada al día siguiente. Izquierdo le preguntó si había consultado el tema con el ministro secretario. La respuesta, leemos en el libro de Girón, habría sido la siguiente: “No. Tú de eso no te preocupes. Se lo he comunicado al presidente del Gobierno. A Utrera ya se lo diré, pero yo”¹⁵; Girón no avisó ni a Arias, quien habría frenado la operación, ni a Utrera, quien se habría movido en el mismo sentido y que, además, el día de la publicación del citado texto se encontraba en Alcubierre (Zaragoza) para celebrar el aniversario de un episodio de la guerra civil favorable a los sublevados. Girón sí puso en antecedentes, para contar con su colaboración, a Antonio Castro Villacañas, un falangista situado al frente de la delegación nacional de Prensa y Radio del Movimiento. El *gironazo*, tal y como fue rápidamente denominado en los medios (“El contraataque de Girón” en el libro de Utrera), apareció en *Arriba* muy destacado, en una operación de alarde tipográfico: una foto de Girón en portada y en grandes caracteres la frase “Se pretende que los españoles pierdan la fe en Franco y en la Revolución Nacional”. El texto destilaba desconfianza hacia la futura monarquía y suponía una reivindicación de Falange, una apelación constante al *Caudillo*, una crítica a las supuestas debilidades del Gobierno respecto a la oposición, un ataque a los aperturistas que ocupaban puestos en la administración (“se infiltran a favor de la noche y de las sombras en la estructura del Régimen para socavarlo al amparo de la Traición”) y una llamada a la intervención militar, sin olvidar traer de nuevo a la palestra la imagen de la sublevación militar de 1936: “Proclamamos el derecho de esgrimir frente a las banderas rojas las banderas de esperanza y realidades que izamos el 18 de julio de 1936”.

El artículo-manifiesto (“manifiesto de Fuengirola” lo denominó Romero) no fue desautorizado por Franco, lo que fue entendido como una tácita aprobación, y Arias no se atrevió a hacer público su disgusto. Obviamente, a Utrera no le gustó nada la forma: “aquello me pareció absolutamente impropio y disparatado”; lo sucedido “parecía destinado a ser una provocación a mi costa contra la política del presi-

14. J. A. Girón de Velasco, *Si la memoria...*, p. 232.

15. J. A. Girón de Velasco, *Si la memoria...*, p. 234.

dente”¹⁶, además de romper la imagen de acción unitaria que para el Movimiento pretendía transmitir como ministro, pero esto no significa que no compartiera el contenido. El Gobierno, sin rumbo, salió al menos fortalecido de este envite, pues los aperturistas vieron que la caída de Arias podía suponer, con un Franco muy mermado en su capacidad de decisión, la coyuntura más adecuada para que el búnker colocase al frente del Gobierno a uno de los suyos. Por este mismo motivo las revistas de opinión que servían de plataforma a la oposición moderada arrojaron al ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, responsable según Girón de que por entonces circulase con toda libertad “el pensamiento de los enemigos de la eterna metafísica de España”, lo que en absoluto era cierto. Y la mayor parte de los medios vinculados a posicionamientos reformistas decidieron respaldar, de forma indirecta, a Arias, incluidos los que habían sufrido ya varios secuestros por determinada portada o artículo y le consideraban un hombre del pasado, conscientes de que ahora podían criticar a los ultras sin que el Gobierno impusiese sanciones. Así lo hizo *Cambio 16*, que definió la posición de Girón (“enarbolar banderas de miedo” y “no cambiar nada”) como la de aquellos que ansiaban situar a España en una crisis sin salida, y también la prensa muy conservadora, como era el caso de *ABC*: Girón “no parece haberse dado cuenta de que se dirige a una galería que no existe”. El apoyo más claro para Girón siguió siendo el de *Pueblo* y *El Alcázar*. En las semanas siguientes los rumores, a falta de libertad de opinión, se convirtieron en una pieza principal de la vida política. Uno de ellos situaba a Girón en Madrid el día 6 de mayo, donde se habría entrevistado con Arias y, si nos fiamos de lo manifestado por Girón a *La Vanguardia Española* (Barcelona) el día 8, es posible que se produjera una segunda declaración del ex ministro de Trabajo en la que este reaccionaba frente a las críticas recibidas, la cual, según parece, circuló en hojas fotocopiadas después de que desde El Pardo se le hiciese ver que estaba dañando al régimen con sus declaraciones, en las que sólo él y los suyos aparecían como adalides de la ortodoxia del sistema¹⁷.

La relación entre Girón y Arias no hizo sino empeorar en los meses siguientes. Desde que el *gironazo* señalase un camino a seguir se van a ir sucediendo los artículos, declaraciones y discursos de los principales representantes del conocido ya como búnker franquista, siempre con el objetivo de boicotear la acción gubernamental y empujar a Arias a un callejón sin salida que propiciase la asunción de la presidencia del ejecutivo por un militar de la línea dura. Además, las invocaciones a la guerra civil, un recurso siempre de la minoría para amedrentar a la mayoría, se convierten en algo cotidiano, hasta el punto de llegar a la incongruencia de considerarla como un conflicto no terminado, de forma que difícilmente el franquismo podría ser considerado, tal y como los franquistas pretendían, un régimen de *orden* y *paz social*. Ciertamente es que la capacidad de actuación del búnker estaba limitada por la rigidez del sistema político, pero su influencia crece durante estos meses al tiempo

16. J. Utrera Molina, *Sin cambiar de...*, p. 116.

17. José L. Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 426 y ss.

que mejora su nivel organizativo. En junio, en el transcurso de la asamblea nacional de la hermandad de Alféreces Provisionales, quedan aprobados los estatutos de la Confederación Nacional de ex Combatientes y al mes siguiente se integran en ella las hermandades previamente citadas, cuyos estatutos son aprobados por el Consejo Nacional del Movimiento, el mismo que niega la posibilidad de organizarse a otros grupos políticos, de dentro y fuera del sistema. El artículo primero lleva el sello de quien no tarda en ser elegido presidente de la misma, Girón, respaldado, desde otros puestos, por una serie de personalidades del falangismo y el tradicionalismo y el teniente general Tomás García Rebull. En ese artículo se dice que el objetivo de la asociación es coordinar las actividades de las hermandades “dentro del común ideal de pervivencia y solidez de los Principios del 18 de Julio”, y en especial para procurar la transmisión de los mismos a las nuevas generaciones.

Ese mes de julio de 1974 Franco, cuyo estado físico se había deteriorado enormemente, tuvo que ser ingresado al complicarse una tromboflebitis y Arias decidió abrir el proceso para que el jefe del Estado cesara en el cargo por incapacidad. En el hospital madrileño Francisco Franco Arias y Girón se enzarzaron en una agria discusión, pues el político falangista, sin legitimidad institucional para hacerlo, se oponía a ese paso, viendo en él el principio del fin del régimen si antes no conseguía que él mismo o un militar de su confianza ocupara la jefatura del Gobierno. El príncipe de España asumió interinamente la jefatura del Estado, a partir de una indicación verbal y sin que las instituciones del régimen formasen parte del proceso, tal y como preveía para la transmisión de poderes la Ley Orgánica del Estado; lo hizo contra su voluntad, consciente de su escaso margen de maniobra, dado que el príncipe no deseaba sufrir el desgaste de la interinidad, que nadie sabía cuanto tiempo habría de prolongarse. A comienzos de septiembre, Franco reasumió los poderes, pero esto no tranquilizó al búnker franquista, pese a que en octubre Cabanillas fue cesado como ministro, lo que indicaba que su labor de zapa estaba funcionando. En noviembre la Confederación Nacional de ex Combatientes emitió una declaración que presentaba a sus miembros como “combatientes de España” y que venía cargada de agresividad hacia los aperturistas y la oposición: “aspiramos a que el régimen político al que somos fieles cumpla su compromiso revolucionario. En ese orden es posible la paz. Pero sin justicia, la paz no es posible ni deseable”. Ese mismo día, 16 de noviembre, Girón clausuró la asamblea de la Confederación con un discurso plagado asimismo de amenazas: “Aquí han pasado muchas cosas y van a pasar muchas más (...) Nos impulsa el deber de cerrar el paso a quienes quieren arrebatar nos la victoria”¹⁸. La presión continuó en los días siguientes, en forma de artículos aparecidos en la prensa controlada por los involucionistas y mediante pequeñas algaradas en la calle; el primer aniversario de la muerte de Carrero, el Gobierno y el príncipe de España tuvieron que escuchar a la salida del funeral celebrado en la madrileña iglesia de los Jerónimos los siguientes gritos: “¡No queremos apertura, queremos mano dura!”.

18. La “Declaración de la Confederación Nacional de Excombatientes” y el discurso de Girón en *El Alcázar*, 17 de noviembre de 1974.

“¡Abajo los traidores!”, “¡Viva Girón!”. Al presidente del Gobierno todo se le volvieron dudas y la presión del búnker se llevó por delante su muy moderado programa aperturista: el texto del Estatuto de Asociaciones, aprobado en diciembre, estableció que las futuras asociaciones políticas habrían de permanecer bajo el estricto control del Consejo Nacional, en lugar del ministerio de la Gobernación, y ese derecho sólo podría ser ejercido en el ámbito del Movimiento. No obstante, Arias también tomó algunas medidas frente a los ultras. En febrero de 1975 exigió de Utrera, pronto también relevado, el cese de Izquierdo como director de *Arriba* y de Castro Villacañas en la delegación nacional de Prensa y Radio del Movimiento, lo que era un golpe al grupo de Girón, dado que, aunque el nuevo delegado fue Romero, este era un hombre con ambiciones y personalidad propia.

Cuanto estaba sucediendo convenció, definitivamente, a buena parte de los aperturistas de la imposibilidad de llegar a un entendimiento con los involucionistas, y también les hizo ver que desde posiciones reformistas sería más fácil llegar a acuerdos con la oposición moderada, garantizar la estabilidad política y económica del país y asegurar su continuidad como clase política. A este respecto es interesante recordar que los estudios sobre los procesos de cambio de régimen han prestado especial atención al papel desempeñado por la manifestación pública de divergencias entre los grupos gobernantes. Existe unanimidad en considerar que cuando un sector de la clase política de un régimen autoritario, consciente de las presiones que se ejercen sobre él, desde la oposición y desde una parte de *los suyos*, advierte que, a medio o largo plazo, sus intereses podrían ser mejor defendidos en un contexto de instituciones democráticas, inicia maniobras para adoptar nuevos posicionamientos y alentar la democratización del régimen; para ello busca el apoyo de fuerzas que hasta ese momento habían sido excluidas por el régimen autoritario y que precisan, a su vez, de ese tipo de puentes. Si nos preguntamos en qué situaciones existen mayores posibilidades de que esto suceda parece evidente que la respuesta apunta al momento en que parece previsible el fallecimiento del fundador del régimen.

4. EL REGRESO A LA ESTRATEGIA GOLPISTA

Pero por el momento el búnker no cesa en sus operaciones de acoso y derribo al Gobierno y presiona sobre la persona designada por Franco como su sucesor, a la que se trata de hacer ver que la oposición antifranquista trabaja para impedir que se cumpla la sucesión, de lo que nadie duda, y que por tanto ellos, los neofranquistas, constituyen el soporte, el único, de la instauración monárquica planeada por Franco, lo que estaba lejos de ser verdad. En marzo una muy conocida editorial publicó un texto de Girón titulado *Reflexiones sobre España*. El libro aparece, por tanto, con Franco vivo, pero en un momento en que su desaparición es inminente y en las revistas de opinión y en una serie de ensayos se especula con distintos planteamientos sobre el futuro. Girón se postula en este texto como un freno a la desaparición del franquismo después de Franco y, sobre todo, trata de advertir a los aperturistas de que los fieles al 18 de julio no permitirán la adulteración del régimen. También se advierte al príncipe de España, al que se le dice que su más firme apoyo lo constituyen

los neofranquistas, siempre que se identifique con ellos, y asimismo, párrafo que es llevado a la cubierta del libro, bajo la foto del autor, de que, si en el momento de la transición buscase apoyos para la Corona en otros escenarios, eso tan sólo daría fuerzas a un “posfranquismo adverso” y la monarquía sería echada abajo por una ola de violencia. Por lo tanto, la monarquía sólo puede ser entendida tal y como Franco la propuso, esto es, como la continuidad del Estado surgido “del Alzamiento militar y civil, popular y nacional, del 18 de julio de 1936”. A continuación, encontramos un segundo aviso, para que no haya dudas: “el descrédito de la figura histórica de Franco” constituiría “una fórmula idónea para arrastrar por la violenta catarata de la gesticulación, el grito y la consigna, el proyecto de instauración monárquica avalado por dos referéndums nacionales”¹⁹. Es evidente que los inmovilistas son conscientes del terreno perdido en cuanto a la ocupación de los resortes del mando y a su capacidad para influir sobre el conjunto de la sociedad, y que esta realidad les resulta ahora especialmente inquietante por más que esto ya se viniese poniendo de manifiesto desde los años sesenta.

Franco falleció el 20 de noviembre de 1975 y los mecanismos sucesorios se pusieron inmediatamente en marcha. Girón se engañó al considerar un hecho de especial relevancia que Franco hubiese dejado encargado a su familia que a su muerte entregasen al líder falangista la insignia de la jefatura nacional de FET y de las JONS, el yugo y las flechas y los tres luceros tallados en rubíes, que había lucido en numerosas ocasiones. De hecho, Girón perdió una nueva batalla cuando se procedió, por final del mandato, al relevo del presidente de las Cortes y del Consejo del Reino; los ultras habían presionado para que se mantuviese vivo a Franco con la esperanza de que recuperase los poderes y prorrogase el mandato de Rodríguez de Valcárcel, posibilidad perdida. En diciembre, el candidato del rey Juan Carlos I, Fernández Miranda, se impuso en la reunión del Consejo del Reino a quien apoyaba la vieja guardia falangista, Emilio Lamo de Espinosa. A continuación, Girón tuvo que tragarse su animadversión hacia Arias y tratar de influir, lo que cada vez le resultaba más complicado, para que este siguiese en el cargo, como un mal menor frente a un aperturista más sincero. El búnker político y militar tampoco pudo evitar que el primer Gobierno de la monarquía fuese una apuesta personal del rey a favor de una reforma limitada del sistema político. Arias estaba ahora acompañado de reformistas sinceros como Manuel Fraga, José María de Areilza, Antonio Garrigues y varias figuras más jóvenes, de menor peso pero con más futuro político. Girón forma parte entonces de la comisión mixta Gobierno-Consejo Nacional encargada de estudiar, entre febrero y abril de 1976, las propuestas de reforma constitucional, junto a Arias, el teniente general De Santiago, José María de Areilza, José Solís, Miguel Primo de Rivera (sobrino de José Antonio y alineado con los reformistas) y otras figuras, y en la que la voz cantante correspondió a Fraga y Fernández Miranda. Girón se mostró contrario a que la ley de Principios Fundamentales del Movimiento pudiera ser obje-

19. José Antonio Girón de Velasco, *Reflexiones sobre España*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 12, 160 y 173.

to de reforma, como cualquier otra ley, dado que los neofranquistas la definían como una ley intocable, de principios inmutables, pero para expresar su descontento ante la voluntad reformista expresada por la mayoría de los reunidos no pudo hacer otra cosa que dejar de asistir a las reuniones. No obstante, la posición de los inmovilistas, simbolizada entre otros por el teniente general De Santiago, vicepresidente del Gobierno y ministro de la Defensa, se impuso, aunque por poco tiempo. Durante estos meses, las plataformas utilizadas por el búnker franquista son básicamente dos, las instituciones del régimen donde los inmovilistas están representados, las Cortes, el Consejo Nacional y el Gobierno (con De Santiago como figura más relevante), y las páginas de una serie de revistas, entre las que destaca *Fuerza Nueva*, y diarios, con *El Alcázar* en primera posición. Unos meses antes de la muerte de Franco se había acordado la incorporación de la Confederación de ex combatientes a DYRSA, y el general Jaime Milans del Bosch fue elegido presidente de la junta de fundadores y del consejo de administración de la sociedad. Girón ocupó inicialmente la vicepresidencia del consejo, pero en julio de 1976 asume ya la presidencia, cargo que en realidad ejerce desde el comienzo.

Pese a la voluntad reformista de una parte de sus miembros, desde luego no los tres ministros militares, y tampoco su presidente, el Gobierno se atascó en una posición continuista y fue incapaz de salvar la labor de oposición ejercida por el búnker en las instituciones mientras la oposición antifranquista se reorganizaba y ganaba terreno en la calle. Consciente de que esa situación podía acabar conduciendo a la sociedad española a una confrontación, que era lo que deseaban los extremistas, y que esa situación constituía un riesgo para la propia Corona, el rey forzó la dimisión de Arias y encargó la jefatura del Gobierno a Adolfo Suárez. Su gobierno sí fue capaz de ofrecer un auténtico talante reformista y perfiló un programa de reforma política que acabaría concretándose en un proceso constituyente a partir de la legalidad vigente. Es verdad que en esos momentos no estaba claro qué camino iba a tomar el proceso de reforma, fundamentalmente porque se desconocía el grado de sinceridad reformista de muchos de los protagonistas del proceso, la respuesta última de la oposición y los obstáculos que habría que vencer, entre ellos la crisis económica, la respuesta violenta de la extrema izquierda y la extrema derecha y las presiones procedentes de círculos militares. Pero el ritmo de los acontecimientos se acelera desde la muerte de Franco y los aperturistas van a aceptar que la reforma vaya más allá de sus objetivos iniciales, tanto por las demandas de la oposición, que a su vez acepta que la ruptura tiene que ser pactada, como por la certeza de que las actitudes inmovilistas ignoran una apetencia de cambio en la mayoría de los españoles.

Todas las iniciativas puestas en marcha por la extrema derecha durante el proceso de reforma fracasaron. A su división interna, materializada en varios partidos una vez que estos se legalizan y varias personas compitiendo por el liderazgo, básicamente Girón, Piñar y Fernández Cuesta, hay que añadir su escasa experiencia en tareas de oposición, tras muchos años dentro del núcleo de poder, y su aislamiento una vez que buena parte de los aperturistas pasan a posiciones reformistas, con lo que la extrema derecha pierde un potencial aliado y la mayor parte de sus posibles votantes, que se inclinan por formaciones nutridas de personal político procedente de las filas del franquismo pero que ha abrazado la causa reformista y sabe vender una nueva imagen

y un nuevo discurso, que es lo que la gente quiere escuchar, sin estridencias y sin apelaciones constantes a la violencia. Girón perdió terreno en cuanto a proyección pública se refiere, por edad y porque la Confederación no era un partido político, mientras que lo ganaba Piñar, el líder de Fuerza Nueva. No obstante, la Confederación respaldó las frágiles coaliciones electorales creadas por la extrema derecha para comparecer a las elecciones de 1977 y 1979, con los nombres de Alianza Nacional 18 de Julio y Unión Nacional. La Confederación se centró en dos tareas. En primer lugar, organizar periódicamente las concentraciones del *20-N*, en homenaje a José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco en la madrileña plaza de Oriente, las cuales fueron un éxito hasta 1982 (350.000 personas en 1980 según fuentes policiales), dado que atraían a numerosas personas en razón de la percepción nacionalista y de recuerdo a la figura de Franco con que acudían muchos manifestantes, en ocasiones sin otorgarle un estricto sentido partidista. En segundo lugar, alentar un clima de inestabilidad permanente desde *El Alcázar* con el propósito de favorecer un golpe de Estado que, como en 1936, pusiera fin a la experiencia democrática.

Los rotundos fracasos cosechados en las comparecencias electorales (un único escaño en 1979, para Piñar) no hicieron otra cosa que reforzar los mensajes de contenido apocalíptico: la democracia conducía, supuestamente, al empobrecimiento de los españoles y a la destrucción de España. Además, los dirigentes de la extrema derecha acabaron de convencerse de que, fracasada la estrategia electoral, para ver cumplidas sus aspiraciones la última esperanza estaba en que los militares proclives a sus ideas dieran un golpe de Estado. Y en este terreno el papel de Girón fue importante. Por un lado situó a Izquierdo como director de *El Alcázar*, diario desde el que, en alianza con *Fuerza Nueva* y dos medios de nueva creación, el diario *El Imparcial* y la revista *Heraldo Español*, se buscaba provocar en los lectores sentimientos antidemocráticos y ofrecer la imagen de un amplio apoyo civil a los planes golpistas. En segundo lugar, cubrió una parte de las pérdidas económicas acumuladas por el portavoz de los ex combatientes. En tercer lugar, continuó calentando la situación con discursos incendiarios, señalando que muchos de sus amigos creían que la situación de España era semejante a la de julio de 1936, pero se equivocaban, pues según sus palabras era mucho peor (es decir, que la guerra debería ya haber comenzado): “las circunstancias actuales son infinitamente más graves, más duras, más trágicas, más angustiosas”²⁰. Finalmente, Girón actuó de enlace (como en la *operación Galaxia* de 1978) entre la trama civil y militar del fallido golpe de Estado del *23-F*, el 23 de febrero de 1981, y ello pese a que sus relaciones con el grupo militar encabezado por el teniente general Milans del Bosch, significado por sus opiniones muy conservadoras y en favor de la monarquía, no llegaron a ser satisfactorias. Sabido es que el único civil encausado por el *23-F* fue Juan García Carrés y también que este actuaba como mano derecha de Girón²¹, quien le encomendó la misión de ejercer como intermedia-

20. José Antonio Girón de Velasco, “Una tarea apremiante: recobrar la conciencia nacional”, *El Alcázar*, 18 de julio de 1979.

21. J. L. Rodríguez, *La extrema derecha...*, pp. 480-486.

rio en diversas provincias y apoyar las candidaturas, como futuros presidenciables, de De Santiago (a quien *El Alcázar* publica quince días antes del golpe el artículo “Situación límite”) o Milans del Bosch frente a la *solución Armada*. Esto explica en parte el fracaso de las gestiones del general Alfonso Armada tras el inicio del golpe por fuerzas mandadas por el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero. Pero esa es otra historia.

Los jueces y la clase política decidieron limitar las investigaciones sobre el 23-F para evitar un mayor coste en términos de estabilidad, lo que permitió a varios altos mandos librarse de una condena segura. Por este mismo motivo la presencia de Girón y de otras personas en la trama civil del golpe no se quiso probar. Lo mismo sucedió cuando el nombre de Girón salió a relucir en el mes de junio, al ser desarticulada una nueva operación golpista destinada a suprimir, junto al régimen democrático, la monarquía. Las elecciones del año siguiente pusieron de manifiesto que la extrema derecha, además de fracasar en su estrategia golpista, había fracasado por completo en su estrategia electoral (hasta nuestros días). La democracia española entraba, por fin, en la fase de consolidación. Girón falleció el 22 de agosto de 1995 en su domicilio de Fuengirola. Varios años antes había desaparecido de la escena política.